

*Señoras y señores:*

Ninguna tribuna como el elefante para dar las gracias por la solemnidad catedrática que habéis dado al circo esta noche con vuestra presencia.

Es tribuna casi para un sermón de la Montaña flotante y el efecto que me hace es el de un terraplén que mueven las tortugas. Desde mi interior es una escena campestre como cuando nos hemos sentado a merendar en el campo. No falta más que la tortilla.

Yo debía hacer algo muy expuesto para demostraros mi gratitud, y al trapecio no se sube uno más que una vez en la vida. ¡Están tan altos los trapecios! Más litúrgico, además, es un elefante.

Mi exposición al subirme al elefante es mayor por las cosas que yo he dicho de él y que si él las supiese podría lanzarme a los espacios como hace con la pelota el pelotari.

Yo he dicho del elefante cosas muy variadas.

Como que es un fotógrafo oculto y que su trompa es el brazo del fotógrafo buscando la perilla de mover el objetivo sin encontrarla jamás, ¡qué grandes ampliaciones de nosotros debe poseer! Por eso me coloco siempre delante del elefante con cierta pose.

También he dicho que el elefante está sucio del barro primitivo, como si hubiera sido limpiapiés de varias generaciones.

También he supuesto que es un paso de procesión dentro del que se han quedado los dos sicarios que lo llevaban en andas.

Lo he llamado colchón viviente, tanque primitivo, aparato de riego independizado, globo fracasado, miembro honorario de la sociedad de los quinientos kilos, apisonadora para arreglar carreteras, calzonazos, melómano solemne, vagón de indiferencia, tipo entre la propiedad mueble y la inmueble, nodriza ideal para llevar niños al colegio tomándolos con la trompa como si los llevase de la mano, aparato ideal para succionar el polvo, etc.

Soy tan admirador de ellos y los he observado tanto en los circos y en los parques zoológicos, que sé que echan humo por la trompa en invier-

no como si se la fumasen como un gran puro, que su edad se conoce según estén de amarillos sus colmillos, que padecen alta y baja marea como el mar y siempre se están balanceando como si recordasen un tiempo de vals, conociendo como nadie el grito, medio de león, medio de caballo, que lanzan enarbolando sus trompas como si tocasen a Juicio Final con ellas, con el arrebató de si tocasen largas y verdaderas trompetas de Jericó.

Como admiro al elefante, estoy sobre él, para decir gratitud al público y al circo que he escogido con predilección porque en ningún sitio me siento tan en medio de la vida libertada e hilarante, sin énfasis ni soberbia.

Ved este circo coronado de lámparas eléctricas como por la corona de azahar de una novia, en que ríe la inocencia primera y la modernidad última. Del circo ha salido gran parte del Arte moderno; el jazz estaba en el circo, con sus bostezos, sus desperezos y sus disonantes confidencias que parecen no venir a cuento; el chárleston era bailado por los payasos; la excentricidad y la audacia de la imagen y del gesto estaban en los humoristas del circo. No hace mucho lo ultramoderno sólo estaba en el circo, y por eso lo escogí como sitio en qué respirar y saltar sobre sus trampolines audaces.

La gran contrastación de lo que se va haciendo sombrío en la literatura está en el circo, magnífica redoma que optimiza la vida y la obliga a un ritmo más vasto y a contestar con rutilancias a la expectación.

Pero sobre todo lo que hay en el circo como en la vida que merece exaltarse y que ahora apenas osamos aludir y ruego pidiendo perdón a los que me escuchan voy a nombrar, es poesía, poesía desnuda y ágil, la poesía que ya no está en lo anticuado sino en lo moderno y piruetante.

Y con lo dicho doy por acabado mi discurso de presentación en la Academia del Circo, y más porque noto que el elefante se inquieta y nadie, ni su ilustre domador, sabe lo que quiere la trompa voraz que puede acabar un discurso de un capirotazo.

Señoras y señores, muchas gracias.